



***La Esquina de los Boludos***

© 2021 Adrián Dozetás

© 2023 Edición Mejorada

ISBN 978 1 4466 5062 2

4.25 x 6.875 in / 108 mm x 175 mm

Todos los derechos reservados.

☞ 220 páginas hechas independientemente con amor

**LA  
ESQUINA  
DE LOS  
BOLUDOS**

ADRIÁN DOZETAS



Yo por avenida Acoyte en mi moto y Sofía de acompañante cubriéndose del viento con mi espalda. Sus manos frías en mis costillas, ella tarareando una canción y jugando con el vibrato que los baches del asfalto le producen a su voz.

- Sofía.
- Qué.
- El plan es más lindo con vos.
- Qué plan.
- Cualquier plan.
- ¿Qué? Hay mucho viento.
- Nada.

Yo queriendo pasar a un colectivo de la línea 42, el chofer bloqueándome, frenando el colectivo, casi aplastándonos contra la fila de autos estacionados. Yo quitándome el casco para decirle algo al tipo. Y el tipo con un codo afuera de la ventana lanzándome un escupitajo en la cara, acelerando el colectivo y desapareciendo.

Sofía y yo bajándonos de la moto en el pasaje La Mar. Sofía con un pañuelo de papel limpiándome la escupida del chofer, mojándose un dedo con saliva y pasándomelo por arriba del bigote.

- Tenés ceniza.

Sofía y yo caminando en por el pasaje La Mar como dos extraños que se avergüenzan de sentir el

cliché de sentir conocerse desde antes de haberse conocido. Y ahora yo pidiéndole a Sofía que sostenga con un pie el mecanismo que abre la tapa de un container de basura. Yo con medio cuerpo metido adentro del basurero. Pescado, una torta todavía comestible, ropa interior femenina, mandarinas con moho.

Sofía. Bicicleta, ropa de segunda mano, comida orgánica, esas cosas. En redes sociales se hace llamar *dedalera\_dulce* pero se llama Sofía Ramona Manuela Victoria Martínez de las Casas. Su oligárquico linaje se le nota en sus corpulentas muñecas blancas de generaciones de argentinidad blanca de vida holgada. Sin embargo, abuelos ricos, nietos pobres; ahora Sofía trabaja en un call-center para sustentar su carrera artística. Y no le parece trágico. Bailarina aspiracional, casada con un tipo, no tiene hijos ni quisiera tenerlos, impuntual, fóbica a los animales que llevan una casa sobre sus espaldas. Una vez probó caracol, dice que vomitó y casi se muere ahogada.

No conozco más que eso de Sofía. Quizá su olor. A pan fresco, a champú sólido. Pero los encuentros no tienen que ver con conocer; pertenecen al terreno del tabaco —son inevitables. Sofía tironeándome de los pantalones.

- Adriano no revuelvas la basura, me da vergüenza.

Yo saliendo del container, sacudiéndome las manos en mi gamulán. Dándole a Sofía un ramo de flores y un gas pimienta sin estrenar encontrados en la basura. Las mejillotas de Sofía rojas.

- Eso Adriano fue hermoso. Son dientes de león, ¿vos sabías que el diente de león es mi flor favorita?

- Vos sos mi flor favorita.

- Tonto. ¿Vos tenés flor favorita? Una de verdad digo.

- Sí. La marihuana.
- Au.
- Qué.
- Yo cuando estoy enamorada digo mucho au.
- Enamorada.
- Tenemos que hablar del amor, Adriano.
- Hablar para qué. No le pongamos pausa a la película.
- Es que no puedo parar. Cuando no estás quiero que estés. Y viceversa. En serio creo que deberíamos hablar. Pero después del helado.
- Sofía necesitando imperiosamente un helado Magnum. Ella y yo recorriendo arriba de la moto kioskos y supermercados.
- Te das cuenta de que el mundo está mal hecho Adriano, pero cómo no va a haber helados en invierno, cómo.
- Consiguiendo un Magnum en la estación de servicio YPF de avenida Alberdi. Tiritando entre taxis que cargan gas. Sofía con chocolate por toda la cara.
- Adriano.
- Qué.
- Haceme acordar de que tenemos que hablar del amor.





Después del dulce Magnum todavía no hablando sobre el amor bajo el smog del atardecer en la pizzería Kentucky de Rivadavia esquina Otamendi con el gas pimienta y el ramo de dientes de león sobre una mesa rojo Coca-Cola, Sofía, yo, media pizza grasienta y dos Brahma frías.

Los bordes de la pizza de Sofía en mi plato y yo dándoselos a una paloma que camina sobre nuestra mesa. Sofía desabrochándose el botón del pantalón, masticando su última porción, limpiándose la boca con la servilleta.

- ¿Hablamos del amor?

- Si insistís.

- Soy una chica casada. Me vas a romper la vida.  
Fin del discurso.

- Ni siquiera nos besamos Sofía.

- Tenés que irte.

- Irme. Adónde.

- Te tenés que ir de Buenos Aires. Es lo que yo siento. Eso no me lo podés discutir. Yo siento que tu destino no está acá. Te acordás de esa ley que dice que lo que se siente no se discute.

- No soy bueno en leyes. Ahora decime una cosa, y si como decís yo me fuera a ir, por qué entonces vos no vendrías conmigo.

- Adriano yo sé que te vas a ir. Es más. Tengo la sensación de que ya te fuiste. Y ves. Me dejaste acá sola.

- Uno, yo no me voy a ningún lado. Dos, vos vas a estar con tu marido Alberto.

- Mi marido se llama Juan, no Alberto.

- Juan, da igual.

Fumando cigarrillos, haciendo bollitos con las servilletas. Cardúmenes de autos incorporándose desde calle Otamendi hasta avenida Rivadavia. Y Sofía roja, tosiendo. Sorbos a las cervezas.

- Te quedaste con hambre Sofía.

- La tenemos que terminar.

- Nunca la empezamos.

- Basta Adriano, hagamos el esfuerzo, terminémosla. Pedí la cuenta, yo pago.

Ahora por despedirnos en la esquina de Rivadavia y Acoyte a la que bautizamos como la esquina de los boludos. Sofía secándose las lágrimas con sus corpulentas muñecas. Uñas de una sola mano pintadas azul Pepsi.

Un tipo acercándose a vendernos manteles, un vagabundo gritando la rabia de dios y caminantes con las caras hundidas en sus teléfonos. La calle como oficina, como sala de juegos online, como confesionario.

- Sofía.

- Sofía nada. Esta es la última vez que nos vemos. Ya. Yo no puedo ser tu amiga. Estoy mal. Estoy como el orto.

- Sofía.

- Es super injusto. ¿Sabés para qué tengo un gorro puesto? ¿Sabés? No te quedes callado, contestame, ¿sabés o no sabés para qué tengo un gorro en la cabeza? Ah, no sabés. Yo te voy a explicar para qué tengo un gorro en la cabeza. Para que cuando vuelva a mi casa mientras voy caminando la gente no me vea llorar, para eso me traje este gorro feo. No te das cuenta de que no tenemos nada que hacer juntos, ¿no? No te entra en esa cabeza grande y peluda. Adriano.

- Qué.

- Mirate.

- Es que pasé la noche sin dormir.
- ¿Hay alguna noche que no pases sin dormir?
- Y qué importa eso.
- A las once estoy roncando, a las siete salgo a correr al parque. Adriano toda tu ropa tiene agujeros de cigarrillo. Y yo soy vegana y toco el ukelele. Es absurdo. Para vos cada día es fin de semana. No alcanza con amarse. Estar con alguien se decide con el cerebro. No ves que no existe nada juntos. No existe.
- El momento.
- Seguí buscándome. Y yo soy una estúpida débil. Y una mentirosa. Miento, yo también te busco. De hecho soy peor, yo te echo de mi vida y cuando te extraño te busco. Es de mala. No. No es que sea de mala. Es que no puedo parar. ¿Entendés?
- No.
- Te odio. Me odio. Nos odio.
- Sofía.
- Yo necesito a alguien que me caliente las manos en invierno y vos— No me mires así.
- Sofía oíme una cosa.
- Parece Adriano que no me escuchás que te estoy diciendo que se terminó, no hay nada que decir, no hay Sofía, no hay nada, se acabó y voy a repetir que se acabó hasta que sea verdad.
- Sofía.
- Y dale con Sofía. Todavía me acuerdo de la primera vez que te vi. Todo lindo con esa cosa salvaje pero aristocrática que tenés. Y esto que me mata, que entre a y b vos elijas siempre zeta. ¿Qué querés de mí? Si vos no creés en la pareja. Yo tampoco. O sí. ¿Vos le calentás a alguien las manos en invierno? Bueno. Basta. Somos adultos, ¿no que somos adultos? Estamos grandes. El problema es que no sabemos

amar en libertad, ese es el problema. Dale. Subite a la moto y andate y yo me voy llorando a casa con este gorro feo tapándome la cara y listo, y ya, y me avisás cuando estés en el Caribe o en Europa o no sé. Sé que te vas, esto es claro, esto sí que es claro. Pero no me digas nada antes de que te vayas. Escíbime directamente desde Tokio, ¿prometido? Prometeme—

- Sofía.

- Qué.

- Yo siento que sos un ángel.

- Ah.



Una semana ya desde que Sofía decidió engañarme con su marido. Estoy completamente destrozado —su marido es DJ.

Para que yo haya venido hasta el médico, mis pies deben estar jodidos. No importa cuánto los abrigue, están fríos. Y verdes.

Radio Cultura FM 97.9, manos pasando páginas de revistas, en el rincón la típica planta de consultorio médico, un flamante ficus. Secretaria del doctor. Alrededor de 65 años. Sus tetas aceitadas sobresaliendo de su escote como un culo de pecho. Ella preguntándome nombre, dirección, motivo de la visita. Pies fríos.

Yo engañando a mi mirada con el ficus pero hay que admitir que las tetas son partes extremadamente poderosas. Dios mío inexistente desde que Sofía me dejó tengo la libido desbordada. La secretaria escribiendo en la computadora, levantando los ojos por sobre sus anteojos.

- ¿Primera vez?
- Ajá.
- ¿Nacionalidad?
- Argentino.
- ¿De dónde?
- De acá, de Buenos Aires. No entiendo.
- No, por tu acento.

- Qué acento.
- Por un momento pensé que tenías acento. Podés sentarte, el doctor está un poco demorado.
- Demorado cuánto.
- Demorado.

Yo sentándome. Mi deporte favorito, esperar.

Una tos cada tanto, las páginas de las revistas, un teléfono sonando. Y tres horas de risas que llegan desde el despacho del doctor. En mi idioma la risa de un médico significa que estás frito. Soy del club de la lógica de mi abuela —cualquier molestia es cáncer. La secretaria.

- Zimerman, Adriano.

El despacho del doctor a la antigua con un esqueleto pero de plástico, un portarretratos con foto familiar sobre un escritorio macizo congruente con una vida de decisiones correctas, anteojos en la punta de la nariz, perfume a papá trabajador. Yo desparramándole un pie verde arriba del escritorio.

- Doctor, mire estas patas, mire esto. Estoy jodido, dígamelo. Hielo, son hielo.

- Siéntese en la camilla, Zimerman.

El doctor auscultándome el pecho.

- Salvame, doc. Es urgente.

- Respire hondo. Eso es. ¿A qué se dedica usted?

- Delivery en moto.

- Respire, Zimerman, respire. ¿Fuma?

- No mucho.

- ¿Cuánto?

- Tres cajas por día.

El doctor invitándome a sentarnos en el escritorio, suspirando, quitándose las gafas, refregándose los ojos.

- Mire. Aparentemente usted no camina. No tiene sangre en los pies, no le circula.



El doctor levantándose, entreabriendo la puerta, hablándole a la secretaria.

- Susana, ¿le hacés una cita a Zimerman para dentro de tres meses?

Volviendo, sentándose, bostezando.

- Muévase, Zimerman, camine.

- ¿No me vas a recetar nada?

- Caminar.

- Antiinflamatorios, soporíferos, antipsicóticos, ¿nada?

- Camine.

- ¿Ketamina?

- Camine.

O.K., camino. Camino desde el consultorio del doctor hasta mi moto.